

ALICE JAMES Y LA MUERTE COMO MODO DE SALIR AL CAMINO DE LA VIDA

ALICE JAMES AND DEATH AS A WAY TO COME UP TO THE LIFE PATH

Alma López Vale

Becaria FPI-UNED, Dpto. Filosofía, UNED

RESUMEN

Alice James es una escritora poco conocida y menos valorada. En este trabajo se explorará su pensamiento estético, poniéndose de manifiesto cómo éste articula a su vez la ética de la autora. Para ello, se estudiará su creación literaria –su *Diario*– ligada con su estética, que Alice entiende a partir de la idea de finitud, de la muerte como punto de partida, condición de posibilidad de la vida consciente y, por tanto, vivida. Esta idea se encuentra a la par con la de «sublimidad» burkiana: el ideal, la máxima aspiración o posibilidad humana ligada siempre en algún punto con el terror. Tras este hilo conductor la muerte se presenta como idea seductora a lo largo de toda la vida de la protagonista, aunque siempre se negará a seguir su impulso o deseo suicida. Con esto, se mantiene –desde su perspectiva– en una posición de superioridad moral muy ligada al victorianismo en el que fue educada, pese a mostrar en sus reflexiones las más características ideas románticas que apuntaremos.

Palabras clave: Alice James, muerte, estética, romanticismo.

ABSTRACT

Alice James is a little-known and less valued writer. In this work her aesthetic thought will be explored, being revealed how this one articulates in turn the ethics of the authoress. For this purpose, we will study her literary creation –her *Diary*– tied by her aesthetics, that Alice deals from the idea of death as point of departure, condition of possibility of the conscious life and, therefore, lived. This idea is related with the «sublime» concept of Burke: the ideal one, the maximum aspiration or human possibility tied always in some point with the terror. After this conductive thread the death appears as seductive idea along the whole life of the protagonist, though always it will refuse to follow his impulse or suicidal desire. With this, it is kept –from her own perspective– in a position of moral superiority very tied to the Victorian thought where she was educated, in spite of showing in her reflections the most characteristic romantic ideas at that we will aim.

Keywords: Alice James, death, aesthetics, Romanticism.

SUMARIO

1.-Introducción. 2.-La muerte como regalo. 3.-La estética como pensamiento moral: una filosofía vital. 4.-En definitiva: una victoriana en clave romántica. 5.-Bibliografía.

El éxito o fracaso de una vida, en lo que hace a la posteridad, parece estribar en el mayor o menor grado de suerte para asir el momento apropiado del eclipse.

Alice James, *Diario*

1. Introducción

La muerte es el porvenir de todo ser vivo; está *por venir* para todos nosotros y, como tal, ha estado usualmente ligada a su carácter inevitable, ineludible, inexorable... es decir, es un hecho obligatorio, irremediable e inapelable. Todas estas caracterizaciones están basadas, no obstante, en la asociación entre muerte y negatividad, siendo este hecho fundamental definido como el fin de la vida, la ausencia de vida, el más allá de la vida y que, por tanto, escapa a nuestro control... Para Alice James, no obstante, la muerte fue un regalo, el acontecimiento más importante y feliz de su vida.

Esta aseveración, una vez superada la sorpresa inicial, ha de ser dilucidada. La necesaria explicación nos llevará a desvelar el pensamiento de la autora del *fin de siècle* –comúnmente abocada a ser la «hermana de» William y Henry James– y sus profundas reflexiones estéticas, así como las diferentes contradicciones aparentes que nos asaltan tras una primera lectura del *Diario* (2003), única obra de nuestra protagonista. Si bien Alice mantuvo una abundante correspondencia a lo largo de toda su vida, no será hasta los últimos años de la misma cuando se decida a emprender una labor de escritura que dará como resultado el citado diario. En él no solamente plasmará los acontecimientos del día a día –si bien es cierto que con largas interrupciones entre entradas–, sino que reflexionará sobre los temas más sobresalientes del momento, de carácter político, religioso, aunque también apuntará matrimonios, separaciones y otros cotilleos. Junto a ello, la autora dejará, como si de Pulgarcito se tratase, pequeñas migas de pan; pistas que nos llevarán a comprender mejor su autobiografía, su personalidad y sus sentimientos.

Sin posibilidad espacio-temporal de detenernos en cada uno de los puntos mencionados que, por otra parte, no agotan la complejidad del *Diario*, en el presente trabajo nos guiaremos por el afán de desentrañar el pensamiento de Alice James que ha sido olvidado incluso por sus biógrafos (Edel, 1964; Strouse, 2011). Este pensamiento, lejos de constituirse como reflexiones aisladas, está tejido en base a una compleja trama que, como mostraremos, parte de la estética. A lo largo del texto, además, con el fin de comprender

el pensamiento estético de esta autora, se pondrá de manifiesto su adhesión –al menos en función de sus escritos, aunque desconozcamos la opinión de Alice en esta cuestión– al movimiento romántico, traspasando así las fronteras del perfecto «ángel del hogar» victoriano al que –desde fuera– representaba.

2. La muerte como regalo

Sin temor a generalizar en extremo podemos afirmar que el transcurso de la vida de Alice James discurrió como una más de su época. Aunque viviendo en el seno de una familia de *genios* y con un padre profundamente contradictorio, nuestra protagonista fue educada para ser el ángel del hogar victoriano, es decir, una buena ama de casa. En sus propias palabras, su educación le exigía «emplearme a fondo entre los 12 y los 24 años, “matarme”, como alguien lo llama, absorbiendo hasta la médula que lo mejor es vestirse con tonos neutros, caminar junto a aguas serenas y poseer tu propia alma en silencio» (James, 2003: 129); con el fin de llegar a casarse, puesto que «el matrimonio parece ser la única ocupación fructuosa para una mujer» (Feinstein, 1999: 278).

Sin embargo, tras haberle sido denegado el bautismo por sus padres, y el matrimonio por «hombres obtusos e insensibles» (James, 2003: 261) Alice dedicó su vida a su enfermedad, cuyas diferentes designaciones –hiperestesia nerviosa, neurastenia, neurosis espinal, gota reumática...– hechas en la época, hoy englobamos bajo la etiqueta de «histeria». Sus primeros síntomas aparecieron ya durante su niñez, pero será a los 19 años de edad cuando su vida quede reducida a este «trabajo de inválida» (Yeazell, 1981: 4). Pese a la gravedad de tal afirmación vista desde nuestra perspectiva actual, si pudiésemos situarnos en su propio tiempo entenderíamos, como muy bien su hermano Henry supo concretar, que «la trágica salud [de Alice] era, en cierto modo, la única solución que ella veía al problema práctico de su vida» (Edel, 2003: 30-31). Además, resulta esclarecedor el hecho de que solo tras la muerte de su padre se decidiese a escribir el *Diario*, manteniendo no obstante un gran volumen de correspondencia durante toda su vida. Todo parece indicar, entonces, que tomó como opción vital la enfermedad, que al tiempo le daba la oportunidad, aunque fuese limitada, de dedicarse a lo que amaba: estudiar y escribir, aplicándose a fondo en ambos terrenos.

Una vez esbozada la situación de Alice que, por otra parte, no dejaba de ser común entre las clases acomodadas durante las últimas décadas decimonónicas, estamos en disposición de comprender hasta qué punto la muerte de nuestra protagonista se presentó, para ella misma, como un regalo. Esta cuestión, no obstante, es poliédrica, es decir, cuenta con más de una cara que ha de ser sacada a la luz para la posterior comprensión de su pensamiento.

Por un lado, al fin Alice tiene un nombre que darle a su larga dolencia: cáncer de mama. Resulta impactante cómo relata su descubrimiento y cómo recibe la noticia de su cercana muerte. El día que narra su diagnóstico, no sin la ironía que caracteriza toda la escritura de Alice, comienza diciendo:

Quien esperar puede, tiene lo que quiere. Acaso mis aspiraciones fueran excéntricas, pero ahora no puedo quejarme de que no se hayan cumplido con brillantez. Desde que he estado enferma, he anhelado sin cesar alguna enfermedad palpable, por muy convencionalmente horrorosa que pudiera ser su etiqueta, pero siempre me he visto reducida a tambalearme sola bajo la masa monstruosa de sensaciones subjetivas, sobre las que ese ser tan comprensivo, «el médico», no tiene ocurrencia más elevada que asegurarme que soy yo personalmente responsable de ellas (James, 2003: 250).

En este fragmento de su entrada del 31 de mayo de 1891 –exactamente en el segundo aniversario del inicio del *Diario*– se aprecia la bendición, el alivio que para Alice representa el tener una «enfermedad palpable», una verdadera dolencia física. Sin duda, ahondando en la personalidad de la escritora, esta favorable recepción se debe en buena medida al hecho de que, por fin, es una persona mentalmente sana y desarrollada. De hecho, en su *Diario* continúa: «El doctor Torry ha sido el único hombre que me ha tratado como a un ser racional, que no supuso, por ser yo víctima de muchos dolores, que por necesidad era también un caso de desarrollo mental interrumpido» (James, 2003: 250), pasando a continuación a relatar la gran cantidad de dolencias que la aquejaban: complicaciones cardíacas, un tumor en el pecho, problemas nerviosos varios...

El que Alice recoja explícitamente en su escrito el hecho de que el doctor Torry fuese el único hombre que la trató como una persona dotada de racionalidad muestra, por un lado, la condescendencia que debía de ser común en el trato entre hombres –seres inteligentes– y mujeres –débiles, inválidas en el mejor de los casos. Además, apunta un rasgo que se descubre tras las sutiles afirmaciones de Alice: su propia consideración como ser pensante, inteligente y significativo. En todo caso, la cercanía de la muerte trae consigo que la autora sea, por primera vez, relevante en algún aspecto. Sus propias palabras nos muestran la soledad y lejanía con respecto al mundo cuando afirma: «¡Es muy gratificante en este momento mortuario descubrir que muchas personas se han sentido “sorprendidas e impresionadas”! Pero no puedo dejar de pensar cuánto me habría alegrado y fortalecido de haberse sentido ellos movidos a abrir sus pechos impresionados en las etapas anteriores de este cansado viaje» (James, 2003: 263).

Con la concreción de su destino, no obstante, ese cansancio desaparecerá en buena medida. Resulta esclarecedora la siguiente aportación de Alice a su escrito, fechada unos

diez días después del anuncio de su muerte y que comienza diciendo: «A quien no haya pasado por ello, le resultará difícil entender el enorme alivio del veredicto sin ambages de sir A. C. [Andrew Clark], que nos saca de una vaguedad informe y nos sitúa en el corazón mismo de una concreción sustentadora» (James, 2003: 251). Con ello se ve dibujada, además, una segunda cara de ese prisma de complejas implicaciones que la muerte traerá para Alice, a saber: será una ocupación en su –aburrida y monótona– vida de *inválida*, un trabajo por hacer. En este sentido, nuestra protagonista será clara cuando afirma que: «En el último año H. ha publicado *La musa trágica*, ha estrenado *El americano* y ha escrito otra obra teatral, *Mrs. Vibert* (que Hare ha aceptado), y su admirable comedia; junto a la *Psicología* de William, ¿no está nada mal para una familia! Especialmente si yo consigo morirme, que es lo más difícil de todo» (James, 2003: 255).

Con lo expuesto anteriormente queda mostrado en qué medida la muerte significó una buena noticia para Alice, una bendición que habría de causar el fin de los sufrimientos de toda una vida de enfermedad. Esta consecuencia con la que, además, se ligan las características anteriores, debe comprenderse tanto en su nivel físico como –y creo yo, sobre todo– psicológico. Esta opinión se funda en la gran actividad mental y reflexiva de Alice, en su vitalidad emocional y de pensamiento, en su ansia de análisis crítico de la realidad que la rodeaba o, más bien, que habitaba fuera de las cuatro paredes de su habitación que, pese a ser su espacio físico, no lo era así en sentido vital, pues con sus estudios, lecturas y reflexiones nuestra protagonista trascendía los límites impuestos tanto por su cuarto como por su tiempo. De hecho, y pese a estar «encerrada en su enfermería, aplicaba su extraordinario vigor de juicio a un fragmento excesivamente pequeño de lo que realmente la rodeaba» (Edel, 2003: 42).

El confinamiento de las paredes que la rodeaban es un símil perfecto de su situación social, que constreñía su personalidad activa, reflexiva, puede decirse –situándonos en la perspectiva de la época: masculina. Con su *Diario*, la autora pudo, en cierta medida ser ella misma, puesto que su educación victoriana nunca abandonó su pensamiento y modo de expresión, aunque en su redacción se aprecia la pugna entre ese «ángel» victoriano y un verdadero «genio» creador, irónico, satírico y avisado, «ese ser sumamente interesante, yo» (James, 2003: 51). En todo caso, tal y como ella escribe, «al menos me saldré en todo con la mía y puede que sea un alivio como válvula de escape del géiser de emociones, sensaciones, especulaciones y reflexiones que fermenta perpetuamente dentro de mi pobre carcasa por sus pecados; así pues, aquí va ¡mi primer Diario!» (James, 2003: 51).

Sin embargo, una vez cumplida la necesidad de expresión en esta cita, primer registro de su *Diario*, su vida quedó –si bien suavizada en cuanto a las inquietudes intelectuales, no resuelta. Alice seguía siendo una *inválida*, seguía sufriendo y seguía confinada. Pese a que

sus reflexiones hablan del mundo, su sociedad no le permite habitarlo, descubrirlo, vivirlo. Será por ello que la muerte vendrá, en forma de regalo, a bendecir su desdichada existencia. Será así cómo su vida cobre sentido. Será entonces cuando podamos apreciar su profundo pensamiento estético.

3. La estética como pensamiento moral: una filosofía vital

Durante su infancia y juventud Alice vivió rodeada de intelectuales y artistas que frecuentaban la casa familiar, además de ir con asiduidad al teatro y devorar libros de todo tipo. Sus famosos hermanos, de hecho, comenzaron su carrera en la pintura (Feinstein, 1987: capítulo 7). Tras fuertes disputas familiares, ambos dejarían ese camino para dedicarse a lo que sería su profesión: William, filósofo y psicólogo, y Henry novelista y crítico literario. Los viajes a Europa de la familia permitieron a Alice nutrir su sensibilidad estética en museos y galerías, además de favorecer su amplitud de miras y su espíritu crítico. A lo largo del *Diario*, salpicadas entre anécdotas y cotilleos, incrustadas en recuerdos y reseñas de actualidad, se encuentran los más variados ejemplos de lo que hemos anunciado como su pensamiento estético. Sin poder enumerar todas y cada una de estas diversas ilustraciones, seleccionaremos aquellas más representativas que nos permitan comprender a la autora.

Alice comienza su *Diario* el 31 de mayo de 1889, transcurriendo dos años completos hasta que le es diagnosticado el tumor que le causará la muerte. Estos dos primeros años del *Diario* están caracterizados por la soledad, el sufrimiento y la pesadumbre que Alice vive. Sus ironías y sátiras podrían leerse como expresiones de una persona acomplejada y deprimida que arremete contra los demás. Si bien es cierto que sus reflexiones y críticas políticas son dignas de tener en cuenta, no deja de serlo que su escritura está sostenida por el odio hacia el mundo y su oposición a él como significativo para sí misma. De hecho, siendo consciente de «la ley inmutable de que por magníficos que podamos parecer a nuestra propia conciencia ningún ser humano querría cambiarla por la suya» (James, 2003: 77), afirma, mostrando su lucha con el mundo exterior, que «lo único que sobrevive es la resistencia que nosotros aportemos a la vida y no la tensión que la vida nos aporta a nosotros» (James, 2003: 129). Alice, además, en diversos pasajes de su *Diario* y cartas afirma que siempre ha tenido significación para sí misma (Edel, 2003: 28), siempre poseyó un norte, una llama que iluminaba su camino (James, 2003: 129).

No obstante, la interpretación anterior, que nos mostraría una persona más resignada que reflexiva, no encaja del todo bien con la actitud de la autora, quien se muestra siempre serena ante su suerte –lo que, por otro lado, apoyaría la idea de su propia elección de

profesión. Así, sin poder descartar su odio para con el mundo, lo cierto es que Alice supo hacer de la necesidad virtud y desarrollarse como persona a pesar de «la parquedad» de su experiencia exterior (Edel, 2003: 28). En el relato de una conversación cotidiana, por ejemplo, vemos hasta qué punto era consciente y constante con su elección, sintiéndose bien por la valentía que mostraba, por esa tensión que aportaba al mundo sobre el que, en cierto sentido, mandaba, ganaba. Alice relata: «El otro día me dijo: “Ha tenido un día muy malo hoy, señorita”, ante lo cual no tuve más remedio que hacer una floritura y decir: “Oh, no, la verdad es que no ha sido malo. Es sencillamente el destino y *como tal* destino nada es malo”» (James, 2003: 192). El subrayado hecho por la propia autora nos muestra el hondo calado de su afirmación.

Pese a todo, en esta época pre-mortuoria, las anotaciones en torno a la belleza poseen un tinte de negatividad, como puede verse en el siguiente fragmento que, por otro lado, no deja de resultar contradictorio en la medida en que, pese a su soledad, de la que más adelante se quejará, como vimos, rechaza las visitas. La autora escribe: «varias personas han pasado en los últimos días a hacerme visitas, pero no las he visto. Enfrentarme al paisaje matutino me deja ya sin resistencia y después ¡una tarde de charla! tras esa divina contemplación sería un anticlímax excesivo. La belleza me fatiga más que el sillón, que no hace más que trastornarme los músculos, mientras que la anterior despierta honduras insondables» (James, 2003: 64). Esas «honduras insondables» a las que se refiere son el síntoma, el signo de su sensibilidad estética cuyo carácter es, podríamos denominar, «romántico». El siguiente pasaje da pistas sobre esta cuestión:

Ciertamente algo hemos ganado, pues la atávica superstición de que la primavera y la juventud son los períodos más gozosos ha fenecido casi por completo, pues así como la primera es el momento más deprimente del año, la otra es el más difícil de la vida. La primavera no sólo nos deprime físicamente, sino que en proporción a la revelación de belleza natural «*la souffrance innée... de n'être que nous, le désir vague d'en sortir et de nous mêler à l'être universel*» nos embarga y nos llena de desesperación. Y qué gozos de la juventud pueden igualarse a ese aventurado momento de la edad mediana, cuando serenos y seguros de nuestra dirección, todos los sencillos incidentes de la vida cotidiana y las complicaciones humanas se explican y enriquecen por sí solos cuando se ligan y encajan con la rica experiencia pasada (James, 2003: 128-129).

Así pues, la belleza de la naturaleza es, al mismo tiempo, buena, en cuanto bella, y dolorosa, perversa, en cuanto inalcanzable, causa sorpresa –en su ocurrencia no definida o anunciada para un momento concreto y, en todo caso, no proyectada por uno mismo– y atracción. La muerte es como idea tanto como en cuanto ideal seductora. Esto despierta en Alice

lo que en términos burkianos podríamos denominar «sublimidad» (Burke, 1985), característica fundamental del movimiento romántico. Descubrimos, por tanto, que el pesimismo de la autora no es tanto resultado de su situación vital, sino de la correspondencia con el movimiento romántico. El siguiente fragmento, escrito por Alice, podría muy bien ser confundido con un consolidado pensador del Romanticismo –y he aquí una de las claves recurrentes en la autora: su pensamiento «masculino», es *decir*, hábil, inteligente, valiente. En el *Diario* leemos: «Puesto que las cosas más desagradables se mezclan en la composición de las más bellas, es sin duda maravilloso que esta nefasta sustancia granítica de mi pecho sea el suelo propicio para la perfecta floración del genio sin igual de Katharine para la amistad y la entrega» (James, 2003: 270-271).

En el pasaje anterior vemos reforzada la naturaleza positiva del tumor y, a través de él, de la muerte, en tanto en cuanto en Alice son sinónimos; como el carácter ambivalente de cualquier sustancia: nada es totalmente bueno, nada totalmente bello, no existen las ideas puras, sino que el mundo es dialéctica, enfrentamiento, tensión. Siempre estará presente, en toda composición, una parte buena y una mala, haciendo de las cosas ya no bellas o grotescas, sino sublimes. De hecho –y nótese su vocabulario pictórico–, «qué importancia puede tener que sea el dolor o el placer lo que ha modulado y dejado impronta en la pulpa interior, cuando uno está absorto en el supremo interés de contemplar el perfil y el trazado a medida que las líneas se ensanchan hacia la eternidad» (James, 2003: 278). En este sentido, si pensamos a partir de Schopenhauer –autor muy estudiado y demandado por la época– que: «el amor es la compensación de la muerte, su correlativo esencial; se neutralizan, se suprimen el uno al otro» (Schopenhauer, 2007: 88-89), podemos comprender la importancia de Alice, cuyas reflexiones estamos aunando con grandes pensadores de su tiempo.

El hecho de que su pensamiento sea un pensamiento estético, además, se ve reforzado ante afirmaciones como la siguiente: «Mi mayor pena es por K. y H., que lo *verán* todo, mientras que yo sólo lo *sentiré*, pero lo están tomando, desde luego, como arcángeles, y me cuidan con infinita dulzura y paciencia» (James, 2003: 252) en el que vemos la disociación entre espectador y actor, entre aquel creador del cuadro que lo *siente* y aquel que solo lo *verá* y que, por ello, es digno de ser compadecido. Sin posibilidad espacial de una mayor profundización y, a modo de apunte, no debemos olvidar que estamos en lo que Foucault ha sabido mostrar como la época moderna, tras la aparición del sujeto trascendental y la crítica kantiana, el ser humano, el «hombre» estará perfilado por su propia finitud, por los límites que lo vertebran (Foucault, 1984: 242-244; Vázquez, 1995: 86).

Hemos visto ya cómo, para la autora, la vida es la tensión que nosotros aportamos a la misma, ese constante enfrentamiento, pues, entre nuestra energía y la suya. El paralelismo con este otro fragmento de Schopenhauer resulta claro: «la conclusión de toda actividad vital

es un maravilloso alivio para la fuerza que la mantiene. Esto explica tal vez la expresión de dulce serenidad difundida en el rostro de la mayoría de los muertos» (Schopenhauer, 2007: 91). Esta serenidad en relación a la muerte será, no obstante, representada por Alice en vida quien no solo dará una lección de valentía a sus hermanos y allegados, sino que se pondrá a prueba a sí misma, confirmando su fortaleza de espíritu. Relata:

Hace poco ocurrió un episodio bastante divertido con el afable y generalmente comprensivo Tuckey, que tuvo el desatino de asegurarme que todavía voy a vivir una buena temporada; yo me mostré terriblemente agitada y cuando vio los estragos que había causado, añadió en tono tranquilizador: «Pero también se sentirá a gusto», ante lo cual exclamé yo: «Eso me da igual, pero, ¡ay, qué *inoportuno!*» y el pobre hombre soltó una carcajada. Después me alegré de que hubiera ocurrido, porque me cogió muy de sorpresa, y pude poner a prueba la sinceridad de mis inclinaciones mortuorias. Siempre he *creído* que quería morir, pero tenía gran inseguridad sobre cuáles podrían ser mis manifestaciones musculares en el momento de transición, porque ocasionalmente he sentido un temblor como el del inesperado tirón del dentista cuando imagino el momento en sí. Pero mi sustancia pareció indignarse tanto como mi mente ante el dictamen de Tuckey, por lo que acaso sea capaz de mantener una serenidad digna de espíritu tan sublimado como el mío; sea como fuere, nada hay en ello de esas paparruchas de «fortaleza de espíritu», es simplemente debilidad física; sería una pesadez que me perturbaran. (James, 2003: 275-7).

Comprendemos, a partir de lo anterior, que las reflexiones de Alice no constituyen solamente una estética basada en la sublimidad, sino también una ética, un modo de enfrentarse al mundo, de corrección y dirección moral concretos. En este sentido, su fortaleza moral se midió también en relación con el suicidio. Por un lado, define el suicidio de una pareja de ancianos como una muerte perfecta (James, 2003: 115); pero, por otro, ella rechaza en al menos dos ocasiones de su vida el suicidio para sí misma. En su *Diario* cómo, debido a sus terribles dolores ha dudado en pedir la «dosis letal», pero se opone, puesto que: «el dolor físico por fuerte que sea acaba y cae de la mente como una cáscara seca, mientras que las disonancias morales y los horrores nerviosos abrasan el alma» (James, 2003: 278).

La pregunta que nos asalta es, ¿por qué? La respuesta nos viene dada en la cita anterior: sería un grave error moral, un signo de debilidad, de dejarse ganar por la vida, puesto que dejaría de oponerle su tensión, su energía. Por tanto, pese a la atracción estética de la muerte, pese a haber sido seducida por la idea, representada como perfecta, como bella –tema recurrente en el romanticismo–, Alice se sitúa moralmente por encima. Su estética es también una ética desde el momento en que lo sublime de la vida humana, ese trabajo más difícil de todos, es decir, el momento del fallecimiento ha de venir naturalmente, no debiendo la debilidad humana anteponerse a su natural llegada.

Esta naturalidad de la muerte, sin duda meditada por Alice antes de su llegada, soñada incluso, parece decepcionar a la autora, quien escribe: «esta agonía lenta es sin duda instructiva, pero decepcionantemente carente de emociones; es la “naturalidad” llevada a su suprema expresión. Uno va abandonando una actividad tras otra, y no llega a percibir que han desaparecido, hasta que súbitamente se da cuenta de que han pasado los meses y el sofá no volverá nunca a ser visitado, leído el periódico de la mañana, o lamentada la pérdida de un libro nuevo; te mueves con igual conformidad dentro del círculo disminuyente hasta que se alcanza el punto de desaparición, digo yo» (James, 2003: 275-276). La serenidad y valentía que Alice quería para sí misma por ser el culmen de la moralidad y la belleza, esto es, de su ética y su estética son cumplidas a la perfección.

Una vez superada la prueba definitiva, a saber, la estoicidad ante la naturalidad, la fortaleza frente a las pruebas impuestas por la vida, la autora se permite opinar acerca de la filosofía, poniendo su sistema por encima de los grandes pensadores de la época cuando afirma: «Dada mi curiosa, teniendo en cuenta mi herencia y lo que me rodea, y mi total falta de curiosidad intelectual –habiendo sido siempre filosofías y sistemas, teologías y ciencias como cáscaras secas frente a las emociones y morales vivas– estas últimas me poseen con fuerza tan incuestionable y sustentadora, que funcionan inconscientemente, supongo, y no tengo que buscarlas ahora, con el devocionario y el cura» (James, 2003: 261). Por tanto, las emociones y morales vivas son superiores a cualquier filosofía, preguntándose entonces, «¿cuándo abandonarán los hombres al ilusorio intelectual, limitado a la razón inerte, para inclinarse ante el inteligente, jugoso con la suculenta ciencia de la vida?» (James, 2003: 271). Ella es consciente, puede pensarse, de que posee un pensamiento propio, un sistema vital, un conjunto de reflexiones complejas que fueron puestas en práctica, una prueba que fue superada.

4. En definitiva: una victoriana en clave romántica

Una vez defendida la idea de que Alice contaba con su propio pensamiento, es momento de observar en qué otras cuestiones que se han ido apuntando a lo largo del texto, nuestra protagonista se muestra diferente a lo que ese «ángel del hogar» victoriano pretendía esconder. Por ello, y a modo de conclusión, ataremos cabos sueltos para comprobar en qué medida Alice se ajustaba o no a ese papel impuesto.

Se ha apuntado en diversos momentos del discurso que el pensamiento de nuestra autora era más propio de las masculinidades de la época que de una dulce dama acomodada. Si bien es cierto que en su tiempo despuntan ya grandes novelistas como George Elliot y George Sand –favoritas de Alice–, las hermanas Brönte, Edith Warthon

—gran amiga de Henry James—, no lo es menos que no representan lo que la sociedad espera de ellas, sino que muestran esa válvula de escape necesaria para la olla a presión de los grandes estreñimientos de la sociedad victoriana que está a punto —sino ya en proceso de— estallar. En el caso de Alice, ese «géiser de emociones» que ella misma relata, la llevarán a compararse con el mismísimo Bismark (James, 2003: 77), algo cuando menos sorprendente.

También se ha abierto el debate acerca de su pertenencia más al romanticismo que a las constricciones victorianas. Así, resulta paradójico cómo, a pesar de haber padecido estas rígidas reglas físicamente a lo largo de toda su existencia de *inválida* o, quizás, precisamente por el hecho de haber tenido que padecerlas, Alice desarrolló su mente y su pensamiento de un modo equiparable a los otros miembros del genial clan familiar a los que dará una lección vital insuperable en su etapa mortuoria: no es un enfrentamiento, no es un trance, sino un hecho natural y, como tal, ha de ser aceptado.

Por otro lado, la inclusión de la autora en el movimiento romántico parece más que aceptable si pensamos en las características de esta corriente. Cranston apunta que se trata de «la corriente de fuerzas culturales e intelectuales que se impuso tras el declive de la Edad de la Razón, como reacción en parte contra los valores de aquella época anterior» (Cranston, 1997: 162). En este sentido, se han apuntado ya las críticas de Alice a la filosofía racionalista, que no tiene en cuenta los sentimientos y emociones y escapa de la moral y la naturaleza humana.

Sin embargo, no es esta la única acepción posible de «romántico», sino que, «por otra parte, la palabra “romántico” puede emplearse también en un sentido más amplio, para designar cierto espíritu o forma de entender el arte que contrasta con la forma clásica en cuanto que aspira a la liberación de formalismos y convenciones, a la revelación de los sentimientos e imaginación íntimos y sinceros del artista, y a la introspección y subjetividad» (Cranston, 1997:162). ¿En qué medida Alice cumple las características anteriores? Pues bien, en primer lugar, su estética es naturalista, escapando con ello de los formalismos y no dejándose aprisionar por las convenciones de la época, como ya hemos tenido ocasión de observar. Además, en su escrito, aunque a base de pequeñas pinceladas salpicadas en distintos lugares, la autora muestra sus sentimientos más sinceros, su intimidad, realizando —y he aquí el tercer punto— un profundo ejercicio introspectivo. Se ha probado ya la significación que Alice tenía para sí misma y cómo relata sus sentimientos, concepciones diversas y miedos más profundos; en definitiva, muestra que posee una elaborada subjetividad y, lo que parece más característico del romanticismo, no teme mostrarlo en su *Diario* pese a que los corsés victorianos eran más que estrictos en cuanto a mostrar los sentimientos y la verdadera naturaleza.

Cabría tratar algunos puntos más, como el hecho, apuntado aquí solo de pasada por escapar a los objetivos centrales del presente trabajo, de que Alice vertió en sus páginas profundas críticas políticas. Puede enunciarse, de hecho, que fue una ferviente seguidora y defensora del nacionalismo irlandés, mostrándose un nuevo punto de contacto con los movimientos románticos (Cranston, 1997: 164). Por todo lo anterior, creo, su romanticismo queda patente.

Recapitulando, lo que de inicio parecía una pobre dama victoriana aquejada de una terrible enfermedad que le impidió «vivir» en el sentido que hoy le daríamos al término, se ha convertido –espero– tras este pequeño viaje en una pensadora con un profundo sentimiento estético, un complejo sistema moral y una serenidad y naturalidad que muestran también su valentía. Su muerte fue, como se ha podido comprobar, un regalo, gracias a la posibilidad misma de morir comenzó Alice su vida, a disfrutarla, a sentirla, a vivirla.

Así, la muerte se constituye como condición de posibilidad para la vida, en una tensión constante en cuya dialéctica hemos de aportar nuestra resistencia. Sin embargo, lejos de combatir la muerte, como ahora tratamos fehacientemente, lo que hemos de enfrentar es la vida, aceptando la muerte como lo que realmente es: nuestro porvenir necesario y natural. Esto no significa, no obstante, que debamos desear morir o que debamos intentarlo, sino justamente lo contrario: solo mediante la consciencia de nuestra finitud viviremos una vida con sentido, lucharemos por aquello que importa, sufriremos, sentiremos, aprovecharemos el tiempo, finito, limitado, y, al final, habremos *vivido*.

Con Alice, esa «jovencita ociosa e inútil... a quien tendremos que alimentar y vestir» (Strouse, 2011: 83-84), se aprende una lección vital, pese a que para ella, la muerte fuese el modo de salir *al* camino de la vida. Sin embargo, ella misma nos ha también enseñado que no debemos compadecerla, pues tuvo significación para sí misma. Sus hermanos han pasado a la historia por ser genios en sus respectivas áreas. ¿Qué sucede con Alice? Nuevamente, ella misma nos da la respuesta cuando, en su *Diario* comete un desliz –¿intencionado?– al citar un fragmento de la *Psicología* de William. Con ello, la autora se retrata a sí misma: «El genio es, en verdad, poco más que la facultad de percibir de forma no habitual» (James, 2003: 206). Por tanto, en virtud de lo expuesto y a modo de conclusión puede decirse que Alice fue genial.

5. Bibliografía

- BURKE, Edmund (1985) *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y lo bello*. Valencia: Colección de Arquitectura.
- CRANSTON, Maurice (1997) *El Romanticismo*. Barcelona: Grijalbo.
- EDEL, Leon (2003) «Retrato de Alice James» en: *El diario de Alice James*, Valencia: Pre-Textos, pp. 23-46.
- EHRENREICH, Barbara (2010) *Por tu propio bien. 150 años de consejos expertos a mujeres*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- ENDER, Evelyne (1995) *Sexing the Mind. Nineteenth-Century Fictions of Hysteria*. USA: Cornell University Press.
- FEINSTEIN, Howard M. (1987) *La formación de William James*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- FISHER, Paul (2008) *House of Wits: An Intimate Portrait of the James Family*, USA: Henry Holt and Co.
- FOUCAULT, Michel (1984) *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.
- FOWLER, Virginia C. (1984) *Henry James's American Girl*. USA: The University of Wisconsin Press.
- GARCÍA DAUDER, Silvia (2005) *Psicología y Feminismo. Historia olvidada de mujeres pioneras en Psicología*. Madrid: Narcea S.A. de ediciones.
- GORDON, Lyndall (1999) *A Private Life of Henry James*. New York: Norton and Company.
- HOLLY, Carol (1995) *Intensely Family. The Inheritance of Family Shame and the Autobiographies of Henry James*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- JAMES, Alice (2003) *El diario de Alice James*, Valencia, Pre-Textos (traducción de Eva Rodríguez-Halffter a partir de la edición de Leon Edel, 1964).
- MATHIESSEN, Francis Otto (2008) *The James Family. A Group Biography*, New York: The Overlook Press.
- SCHOPENHAUER, Arthur (2007) *El amor, las mujeres y la muerte*. Madrid: Edaf.
- STROUSE, Jean (2011) *Alice James, A biography*. New York: NY Review Book.
- VÁZQUEZ, Francisco (1995) *Foucault: la historia como crítica de la razón*. Barcelona: Montesinos.
- YEAZELL, Ruth B. (ed.) (1981) *Death and Letters of Alice James*. Berkeley (CA): University of California Press.

Recibido el 26 de febrero de 2014

Aceptado el 1 de abril de 2014

BIBLID [1139-1219 (2014) 18: 21-33]